

LOS BEATLES FIN DE UNA ERA

LUIS RACIONERO

«It is all in the mind».

George Harrison
"Todo está en la mente".

«I am he
as you are he
as you are me
as we are all
together».

John Lennon
«Magical Mystery Tour»

"Yo soy él,
como tú eres él,
como tú eres yo,
como somos todo,
juntos".

HA sido un «trip» (viaje) maravilloso, pero no podía durar para siempre. No podemos ser Beatles toda la vida. ¿O quizá sí? «Come together» («Reunidos en torno a mí») está muy bien, pero ya era tarde cuando lo dijo John Lennon en «Abbey Road». Entonces la unión había terminado. El último día de 1970, la unión terminó oficialmente: Paul McCartney, de John's Wood (Londres), presentó una demanda judicial contra John Ono Lennon, de Ascot (Berkshire); George Harrison, de Henley-on-Thames (Berkshire); Richard Starkey, de Highgate (Londres), y la sociedad Apple Corps, de Saville Row (Londres). En la demanda se pide «una declaración por la cual sea disuelta la sociedad mercantil constituida por el demandante y los demandados, llamada The Beatles and Co., y constituida el 19 de abril de 1967». El procedimiento legal emprendido por Paul es la ruptura final y definitiva del grupo de los Beatles. Los Beatles se separan cuando la juventud empieza a despegarse de ellos: es el fin de la era del nacimiento de los «hippies». Y, sin embargo, hubo una verdadera reunión hace dos años: la reunión que nos hizo Beatles a todos. «I wanna hold your hand» fue la primera canción «beatle» que oí. Muchos éramos muy jóvenes, como la chica que mostraba llorando la hierba que pisó Ringo, o Julia, que se desmayó en la Monumental la noche del concierto. Al principio, algunos no podíamos tomarlos en serio, parecían imitadores de los grandes del «rock and roll» de los años 50,

como Chuck Berry o Little Richard: los Beatles no fueron innovadores al principio. Hacia 1958, Elvis Presley había establecido el «rock and roll» como estilo musical de la juventud y había desatado el movimiento anatómico que es ahora habitual en los «shamanes» del «rock». Little Richard y Presley ya llevaban el pelo largo. Los Beatles basaron sus primeras canciones en los ritmos del «rock and roll» arcaico, en los «blues» de la música negra y en las armonías del «folk» americano. Poco antes de los Beatles, aquel conjunto llamado The Shadows había llegado, sin voces, al mismo estilo instrumental que luego usaron los Beatles. Pero los Beatles no eran un grupo más, y en la década de los 60 empezaron a captar y emular las intuiciones de sus predecesores hasta crear su estilo armónico propio. Luego apareció Bob Dylan, y la capacidad de John Lennon como letrista se reveló ante el estímulo del maestro.

«Something is happening
and you don't know what it is
do you, Mr. Jones?».

Bob Dylan
«Ballad of a thin man»

"Algo está pasando,
y usted no sabe qué es,
¿verdad, Mr. Jones?"

Su primera película me convenció. Richard Lester les mostró con tal gracia que incluso podían gustar a nuestros padres: «¡Si parecen los hermanos Marx!». Para cuando apareció «Revolver», la nueva cultura empezaba ya a manifestarse tímidamente: el pelo crecía y empezaban los «trips» de hierba y ácido. En San Francisco debutaban el Jefferson Airplane y Grateful Dead. «Revolver», cuando salió, fue el mejor disco jamás producido por un grupo de «rock». Luego llegó el verano del 67, que pasará a la historia de la nueva cultura como el Verano del Amor o la Gran Invasión «Hippy». Sucedió, simplemente, que juventud, amor, LSD y música entraron en resonancia; entonaron y se fusionaron de Londres a San Francisco. «I love to turn you on» cantaron los Beatles en «A Day in the Life», el ce-

nit de su producción. La consigna de Timothy Leary hallaba eco en su música y persuadía a centenares de jóvenes que peregrinaban a Haigh-Ashbury y llenaban el «be-in» del Golden Gate Park. «Turn on, tune in, drop out» («Despierta, sintoniza, abandona»). Bajo esta consigna empezaba a difundirse la nueva cultura. Los Beatles iban en los «trips» de todos los jóvenes, se les conocía tanto como a los mejores amigos.

«Let me take you too
cause I'm going down
strawberry fields
nothing is real
There's nothing to get hung about
strawberry fields forever».

John Lennon
«Strawberry Fields»

"Vente conmigo,
que me voy
a los campos de fresas;
nada es real,
no hay nada que temer;
campos de fresas para siempre".

Muchos jóvenes en USA abandonaron su casa, la única casa que conocían hasta aquel verano. Cientos de miles de jóvenes desde entonces se han echado al camino y se buscan para conseguir el calor generoso y suave de la amistad y la expansión de las emociones vitales, reprimidas por el estilo de vida de la sociedad posindustrial.

El ácido aceleraba los cambios, y la casa del suburbio, con televisor en color, dos coches en el garaje y césped para el «barbecue» fue sustituida por un nuevo hogar: Pepperland, el espíritu del Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band y de la película «Yellow Submarine». Por lo poco que duró en cartel esta extraordinaria película se diría que no ha sido valorada en España en su justa importancia. Quizá la dificultad del idioma para comprender las canciones. Quizá se tomó la película superficialmente, como si fuese un embeleco de Walt Disney. Y no es eso: «Yellow Submarine» es, a la vez, un «cartoon» infantil y un viaje psicológico. En realidad, estas visiones son parecidas, pues las imágenes caleidoscópicas de «Yellow Submarine»

producen un efecto psíquico, liberando a todos los que son capaces de entender que no existe un tiempo real, ni un espacio ni una luz reales; de creer, como dice George Harrison, que todo está en la mente («It's all in the mind»). Para ver «Yellow Submarine», para entrar en Pepperland hay que ser capaz de sentir como un niño —¿quién dijo eso antes?— y sumergirse, como lo haría un niño, en la magia de sus imágenes y de su música. «Yellow Submarine» reúne todos los símbolos, mitos y arquetipos del mundo fantástico-real de los Beatles. En «Yellow Submarine» se puede ver mucho siempre que uno tenga mucho dentro de sí mismo. Pepperland es un país feliz, lleno de flores, colores y música; la gente es tranquila y gentil y disfruta de su bienestar. Llegan los «blue meanies» invasores, envidiosos, las fuerzas del miedo y de la muerte. Por la violencia convierten Pepperland en un lugar literalmente gris. Es el mito de la caída, el paraíso perdido. Cuando el color desaparece de la película se acuerda uno del enigma de Blake: «Si las puertas de la percepción estuviesen limpias, lo veríamos todo tal como es: infinito». Sgt. Pepper huye en el submarino amarillo y viene a nuestro mundo, que es tan gris como el paraíso perdido: chime-

JOHN LENNON.



neas, ladrillos grises, hombres grises y «Eleanor Rigby».

All those lonely people
where do they all come from?
All the lonely people
where to they all belong?

John Lennon
«Revolver»

"Toda esa gente solitaria,
¿de dónde ha salido?
Toda esa gente solitaria,
¿de dónde es?"

Sgt. Pepper encuentra a los Beatles: cada uno está haciendo su número («doing his thing»), George, en su misticismo hindú; Paul, con su coche «sport»; Ringo, paseando despistado, y John, convertido en monstruo de Frankenstein. Los Beatles van a Pepperland y recobran el paraíso: limpian las puertas de la percepción con la música. Los colores, las flores y el amor vuelven a Pepperland. Para ello,

All you need is love
All you need is love
All you need is love
love
love
love
love is all you need.

John Lennon
«Love»

"Sólo necesitas amor,
sólo necesitas amor,
sólo necesitas amor,
amor,
amor,
amor,
amor es lo único que necesitas".

Un último detalle: en la batalla, «los malos» no son destruidos; no hay matanza, sino transformación, fusión de opuestos, muerte y resurrección: el arquetipo del eterno retorno. En «Yellow Submarine» se presentan con claridad el mito de la caída y el paraíso perdido y su paralelismo con la crisis actual de nuestra cultura. El tema es relevante y oportuno, como subraya Norman Brown en su clásico «Eros contra Tanatos» («Life Against Death»). Para Brown, la Historia es una neurosis y el hombre es el animal neurótico. La cultura es la sublimación de la represión creada por la organiza-

ción sexual y el temor a la muerte. El temor a la muerte es el «blue meanie», que convierte el paraíso terrenal en la ciudad gris de fábricas, cabinas telefónicas y burócratas. El problema es un círculo vicioso: sólo se pierde el miedo a la muerte cuando se llega a ella sin que queden líneas por vivir en el cuerpo. Para que no queden líneas por vivir es preciso lanzarse a la vida sin pensar en el porvenir, apurando intensamente cada instante. Es preciso estar aquí, ahora, en vez de desvivirse por sobrevivir. El temor a perecer arrastra al hombre a trabajar para el futuro, a poner límites a la libertad de acción limitada del ser; a organizar, crear reglas, instituciones: le arrastra a la civilización. Es preciso, por ejemplo, organizar la sexualidad desde la infancia. Al final, el resultado de tanta previsión es una cultura que impone tales represiones en los instintos de cada nacido, que desata a Tanatos, ciego y subconsciente, las fuerzas de la destrucción y la muerte. El círculo se ha cerrado. El hombre se desvive por vivir. Para Norman Brown, la cigarra y no la hormiga tenía razón en el cuento. Los Beatles saben todo esto y lo han manifestado una y otra vez en sus canciones, como lo han dibujado en «Yellow Submarine».

PEOPLE'S PARK

Pero hay más: pocos meses después del estreno de la película, el cuento se repitió en un suceso real. Fue en Berkeley, California. Hace tres años, los «hippies» empezaron a habitar las casas viejas próximas a Telegraph Avenue, entre Haste y Dwight Way, cerca de la Universidad. Por motivos poco claros, lo que suelen llamarse «presiones externas», la Universidad de California compró estos terrenos y demolió las casas donde vivían los «hippies».

«He is a real nowhere man
Sitting in his nowhere land
making all his nowhere plans
for no one».

John Lennon
«Rubber Soul»

"Es un hombre de ninguna parte.
Sentado en su tierra de nadie,
trazando planes vacíos
para nadie".

En uno de los solares se construyeron dormitorios y comedores para estudiantes; el otro permaneció abandonado más de un año, lleno de basura, convertido en barrizal, donde los estudiantes que no querían pagar aparcamiento, dejaban sus coches. De pronto, el 21 de abril de 1969, de la noche a la mañana, apareció Pepperland, la utopía convertida en realidad: el solar abandonado era un parque con césped, flores, árboles, bancos y columpios. En lo alto de un poste apareció este letrero: «People's Park. Power to the People». Un cartel de anuncios invitaba a toda la comunidad de Berkeley a trabajar en la mejora del parque recién nacido. Todos respondimos: estudiantes y ancianas cuáqueras, comerciantes, «hippies» y profesores. Los domingos, el parque se llenaba: los niños trepaban por unas letras enormes en tres dimensiones de color púrpura que decían: «Know»; bajo los árboles, un músico extendía su alfombra, encendía el incienso y tocaba la cítara hindú; los inevitables cantores de Krishna entonaban infatigablemente su mantra «Hare Krishna, Hare Krishna, Hare Krishna, hare, hare...». Pepperland existió veinticinco días. El 15 de mayo, a las cuatro de la madrugada, el parque fue ocupado por la policía de Alameda County, apodados entre los estudiantes los «blue meanies», porque van de azul. A las nueve, el parque estaba vacío, rodeado de una tela metálica, como un campo de concentración. Color, movimiento y vida habían desaparecido: Pepperland era gris una vez más. La ocupación desencadenó la violencia de los siete días siguientes, que culminó con la ocupación de Berkeley por el ejército, recibido a los gritos de «¡Bienvenidos a Praga!». Los «hippies» decidieron contraatacar con la guerra química, y algunas chicas regalaron a los soldados

naranjas con LSD. Los soldados plantaron sus tiendas grises, sus «jeeps» y camiones grises en el parque. Desde entonces, Pepperland es un solar vacío, parte asfaltada para coches; el resto, césped aséptico, todo rodeado por la alambrada gris. El último episodio de People's Park aún no se ha escrito, porque, naturalmente, como en «Yellow Submarine», su salvación vendrá por los Beatles.

David Crosby, de Crosby, Stills, Nash and Young, el mejor grupo americano del momento, decía en una reciente entrevista: «Decidí que lo único que podía hacer, la única fisura abierta en el sistema, es arrastrar a los hijos de Getty, Ford, Hunt, Hughes y demás. Quiero decir cambiar sus sistemas de valores, lo cual les apartará de sus padres. Más que cambiar los valores, se trata de ofrecer una alternativa: por una parte, se tiene guerra, muerte, sumisión, degradación, temor, remordimiento y competición; por otra, un grupo de gente en la playa, andando al sol, riendo, haciendo música y amor; cantando y bailando, vistiendo colores brillantes y charlando: le ofrece esta alternativa a un chico y podrá tomar una decisión muy clara. Creo que a estas alturas ya deben haber perdido la mayoría de sus hijos».

«Friday morning at 5 o'clock
as the day begins
quietly closing the bedroom door
stepping outside she is free
She...
—what did we do that was
is leaving... [wrong?
—we gave her everything money
[can buy—».

John Lennon
«Sargent Pepper's»

"El viernes a las cinco de la ma-
l romper el día, [drugada,
ella cierra suavemente la puerta
[del dormitorio];
sale fuera y ya es libre.

Ella...
—¿En qué nos equivocamos?
se va...
—si le dimos todo lo que puede
[comprarse con dinero—".

Y, sin embargo, la magia de los Beatles tarda en producir sus efectos; el «Magical Mystery Tour» sólo tiene un autocar. La música, la poesía, la danza, los «be-ins» modelan el subconsciente de las nuevas generaciones, pero el proceso es lento. En Woodstock, cientos de miles irradian buenas vibraciones, pero Altamont fue un paso atrás, porque aún estaban allí los Hell's Angels. «Sgt. Pepper no paró la guerra de Vietnam —prosigue David Crosby—. No sé por qué, pero no resultó; alguien no escuchaba. Hubiese jurado que Sgt. Pepper pararía la guerra lanzando al aire tan buenas vibraciones que a nadie se le podría ocurrir andar por ahí haciendo guerras».

En Haigh-Ashbury, aquel memorable verano de 1967, se materializó una vez más el mito de

RINGO STARR.



PAUL McCARTNEY.



GEORGE HARRISON.



LOS BEATLES

Pepperland. Los códigos sanitarios, los traficantes de drogas nocivas, los rateros, la Mafia, los arrestos de «hippies», las tiendas de baratijas y los autocares de turistas acabaron en pocos meses con la colonia «hippy». Hoy, Haigh-Ashbury es un barrio dilapidado y muerto, donde las pinturas psicodélicas en las puertas de las tiendas abandonadas ponen a la calle una mueca grotesca. Muchos se dispersaron: comunas rurales, Big Sur, Berkeley o Mendocino; otros se quedaron e intentaron resistir. Todos sufrieron. Los Beatles continuaron produciendo buena música, canciones que evidenciaban el amor y la simpatía sinceros que sentían por la nueva cultura.

*I don't know why
they never told you
how to unfold your love.
I don't know why
they bought and sold you...
I look at the love
that is there
and I see it is sleeping
While my guitar gently weeps.*

George Harrison
«Disco Blanco»

*"No sé por qué
nunca te han enseñado
a desplegar tu amor.
No sé por qué
te compraron y vendieron...
Veo el amor
que tienes ahí, dormido.
Mientras mi guitarra solloza dé-
bilmente".*

Pero a pesar de todo ya no era lo mismo. Los Beatles nunca se convirtieron en «hippies», como los «hippies» habían sido Beatles. La fusión fue sólo el «affaire» de un verano.

El disco blanco fue su mejor álbum: un despliegue apabullante de genialidad como compositores y como intérpretes. Pero era ya el manierismo, repetición perfecta de las formas creadas desde «Strawberry Fields» a «Sgt. Pepper's». El disco blanco no formaba un todo orgánico, parecía algo inconexo; quizá habían empezado ya las divisiones. Más tarde, en «Abbey Road» y «Let it Be», el mensaje parecía ya débil y forzado. Los jóvenes de la nueva cultura estaban enfrentándose a un ambiente cada vez más hostil, y muchos esperaban que los Beatles les diesen «La Respuesta». Los intentos de proveer tal Respuesta fueron penosos: el Maharishi, el culto de la muerte de Paul, el Sleep-in por la paz de John y Yoko. La mayoría de problemas que inquietan diariamente a los «hippies» —sobrevivir, arrestos, etcétera— no afectan a los Beatles, protegidos por su imponente muralla de millones de libras. Los Beatles son «hippies», pero por su riqueza, el «establishment» los tolera como millonarios excéntricos. El dinero ha abierto un abismo entre los «hippies» y los Beatles, y por eso ya no pueden comprender lo que preocupa a los millones de sus ex

seguidores. En el álbum «Let it Be» acaban aconsejando tímidamente:

*«There will be an answer
Let it Be
Let it Be.
"Habrá una respuesta.
Dejadla venir.
Dejadla venir".*

LOS STONES. EN ALTAMONT

Es por esto que en 1970 se ha producido por parte de muchos jóvenes un alejamiento de los Beatles. El disco de «Abbey Road» fue acogido fríamente por la crítica de los periódicos «underground», y se oyó muy poco entre los estudiantes y los «hippies», a pesar de ser musicalmente lo mejor que salió este invierno en Estados Unidos. La animadversión llegó a tal extremo, que el «Come together» se oía mucho, pero cantado por Tina Turner. Tina Turner es negra, y puede decir lo que John Lennon ya no tiene prestigio para pedir: «Come, right now, over me» («Reuníos, ahora, conmigo»). Como la aparición de Pepperland sobre la tierra tarda en llegar, los jóvenes de la contra-cultura han empezado a vivir un ambiente de impaciencia, exasperación e incluso violencia. La música de los Beatles es suave, armoniosa, habla del nuevo modo de vivir y del paraíso —Pepperland— que existirá cuando todos nos movamos al son de sus vibraciones. Amor, no-violencia y esperanza. Pero los jóvenes «drop outs» tienen que dormir en la calle, hacer «auto-stop», enseñar papeles a la policía y pedir de comer en las iglesias. La impaciencia y la exasperación están produciendo una escisión en la vanguardia de la contra-cultura. De una parte, los que aún creen en la no-violencia, «hippies» que viven comunas rurales y urbanas, estudiantes y activistas que señalan la contradicción de usar la violencia para luchar contra la violencia. De otra parte, los que, exasperados por la habilidad del «establishment» para asimilar cambios culturales, proponen la violencia como único medio de cambiar las cosas. Estos últimos no sintonizan con los Beatles, sino que encuentran más afinidad en las vibraciones violentas de los Rolling Stones:

*«I can't get no
Satisfaction.
I can't get no
reaction.
And I try!
and I try!
and y try!».*

Mick Jagger
«Satisfaction»

*"No consigo
satisfacción.
No consigo
reacción.
¡Y pruebo!
¡y pruebo!
¡y pruebo!".*

En «Satisfaction» —que es el mejor «rock and roll» que se ha escrito—, los Stones expresan esa alienación característica que está en el fondo de la sensibilidad del «rock and roll»: una frustración profunda unida a un deseo de belleza. Es la sensibilidad exasperada de los que aguardan ante las puertas cerradas de la utopía. El nuevo estado de ánimo se evidenció de modo dramático en el festival de «rock» de Altamont, en San Francisco. Los Stones daban un concierto gratuito; también participaban Santana, Jefferson Airplane, Crosby, Stills, Nash and Young, Grateful Dead y otros grupos. Pese a la calidad de los conjuntos y a la tradición no violenta de San Francisco, Altamont fue el reverso de la medalla de Woodstock. Cuando llegué a Altamont, hacia las diez de la mañana, el panorama era bíblico, a lo Cecil B. de Mille: hasta el horizonte, cientos de jóvenes marchando por las colinas peladas y amarillas hacia la hondonada, donde se apretaban trescientas mil personas para oír gratis a los Stones. Al entrar en la multitud, las vibraciones no eran buenas; los astrólogos ya lo habían predicho: Luna demasiado activa. En el ambiente se notaba malestar y hostilidad. A poco de comenzar el concierto, hacia las doce, los malos presagios se materializaron. Un tipo desnudo, desagradablemente gordo, corrió por encima de la gente hacia el escenario; al no poder subir, empezó a dar manotazos para abrirse paso. Los Hell's Angels cayeron sobre él y le apalearon con barras de billar hasta dejarle inconsciente. Los Hell's Angels desataron la mayor parte de la violencia que estropeó el Festival de Altamont y que culminó en el asesinato de un joven negro por los Angels a golpes y cuchilladas, mientras Mick Jagger cantaba «Bajo mi pulgar». Los Hell's Angels son un «gang» motorizado, que lleva chaquetas de cuero, escudos con calaveras y motos, en las que invierten su dinero y sus más tiernos desvelos. Son famosos por buscar pelea y apalear a los optimistas que la aceptan. Suelen usar puños, cadenas, porras y cuchillos. Son altos y musculosos, y muchos de ellos tienen esa cara inquietante del alemán bárbaro. Algunos llevan «svásticas». Los Rolling Stones tenían miedo de ser atropellados por sus propios «fans», y pidieron una guardia para mantener a la gente apartada del escenario. Entonces los organizadores del festival tuvieron la peregrina idea de alquilar a los Hell's Angels a cambio de 500 dólares en cerveza. Todo tiene un límite. Si bien es cierto que los Angels han evolucionado mucho después que Allen Ginsberg los introdujo al LSD y que el jefe de los Angels iba con Ginsberg y Ken Kesey a

oír conciertos de Bob Dylan, no por ello los Angels abandonaron sus cadenas y sus palos. Durante el festival, los Angels agarraron una curda monumental con la cerveza gratuita de los Stones, y se dedicaron a apalear, con alegre imparcialidad, delante y detrás del escenario: algunos músicos recibieron. Grace Slick, del Jefferson Airplane, tuvo que interponerse durante la actuación entre su guitarrista y un «ángel» que intentaba agredirle. El festival fue muy desagradable para los que, sentados junto al escenario, pudieron distinguir toda la violencia desplegada por los Angels. En este ambiente violento, la música de los Stones adquirió una autenticidad inenarrable. La violencia cernida durante todo el día se derramó en los acordes cortados y el ritmo brutal de los Stones. La multitud, puesta en pie, rígida por la tensión de todo el día, vibró, unida por fin, como un animal inmenso que despertaba a los gritos dominadores, familiares y arcaicos de Mick Jagger. El «shaman», el mago carismático encantador del subconsciente, que danzaba y aullaba su trance en el escenario, envuelto en una capa negra y roja. ¡Qué bien se entendió aquel día lo que es la violencia! Altamont y los Rolling Stones estaban a años luz del «Let it Be» de los Beatles.

«LET IT BE»

«Let it be» no es una buena película, pero muestra lo que ha sucedido a nuestros héroes culturales de los sesenta. Es, probablemente, la última vez que veremos u oiremos a John, Paul, George y Ringo juntos, como Beatles. El film es un documental, más en la vena del «Don't look back» de Dylan que de «Woodstock» (que es un super-reportaje, los Diez Mandamientos de su género). Como el título indica, la película nos presenta a los Beatles tal como son hoy: al final. Todo parece muy impersonal, hasta que uno empieza a darse cuenta de que se trata de un documental de lo que ha pasado con los Beatles. El film es casi enteramente música, porque los cuatro están allí para hacer música, grabar sus canciones y filmar un documental. Todo muy dentro de la línea del cine de vanguardia: la película sincroniza con la realidad, y el film es la crónica cinematográfica de cómo se hace un documental. No hay, prácticamente, ninguna palabra entre los cuatro. No se comunican; ya no son los Beatles, sino cuatro músicos con intereses diversos que han tocado juntos durante años y que se han reunido para una última actuación. Hay una secuencia en que Paul intenta hablar con John de la resistencia de George a aparecer en conciertos y películas: Paul



LOS BEATLES, CARACTERIZADOS PARA LA PELICULA "HELP!" ("¡SOCORRO!"), DE LESTER.

habla un par de minutos sin conseguir apenas respuesta. El tándem Lennon-McCartney parece haberse disuelto. A excepción de algunas melodías de George, Paul es el único que se ocupa de concertar la música. Ringo parece vagamente desinteresado y John intensamente desinteresado. Siempre al lado de John, vestida de blanco y silenciosa, Yoko contempla la acción sin inmutarse. Cinematográficamente, «Let it be» es poco interesante: la fotografía, monótona, y la edición, mecánica, excepto en las escenas finales, cuando cantan «Get Back» en el terrado de Apple. La gente se aglomera en las calles y sube a los terrados para disfrutar de la música gratuita, probablemente el último concierto de los fabulosos Beatles.

Los Beatles suben al terrado y abandonan la escena como en una ascensión. Su tiempo ha pasado ya. Ellos dieron la visión y ahora empieza la acción. Ellos se van.

Varios grupos apuntan como sucesores. Entre ellos se evidencian las dos corrientes Beatles-Stones: los suaves y los violentos. Siguiendo la línea beatle, el supergrupo: Crosby, Stills, Nash y Young. Siguiendo la línea de los Stones: The Who. Crosby, Stills, Nash y Young proceden de grupos ya consagrados (Buffalo Springfield, Birds y Cream), y su éxito fue instantáneo: el primer disco que lanzaron, el pasado otoño, fue un «best-seller». Su actuación en Woodstock fue inenarrable; en octubre tuvo ocasión de oírlos tres días, en el Winterland de San Francisco; la multitud vibraba, unida de tal modo, que los tres conciertos fueron «trips» altos sin necesidad de ayudas herbáceas, que circulaban profusamente. Después de Altamont, volví a verles en mayo, en el Coliseum de Oakland. Aquel día, Stephen Stills puso de pie a todo el Coliseum y lo precipitó, danzando, hacia el escenario. Stills es el artista más completo del mundo del «rock». Puede cantar como John Lennon, Janis Joplin, Little Richard o Pete Seeger, y es capaz de electrizar al público con sus gritos repetitivos, tensos y angustiosos; su carisma personal está muy cerca del de Mick Jagger. Además de guitarra solista, toca piano, órgano, batería y bajo.

Pese a su calidad musical, este grupo no es popular entre la subcultura de «street people», que propenden a la violencia. La música «bonita» de Crosby, Stills, Nash y Young no refleja el estado de ánimo exasperado, impaciente y violento de muchos «street people». Los impacientes no toleran un grupo que les cante ni sigan el consejo.

«Carry on, love is coming love is coming to us all».

«Resistid, ya llega el amor, llega el amor para todos».

«Rejoice, rejoice there is no choice». «Disfrutad, disfrutad, no hay alternativa».

Los pacifistas disfrutan de la música de Crosby, Stills, Nash y Young y reponen su ánimo cansado por la decepción en las buenas vibraciones de sus conciertos. El grupo, como los Beatles, es un sedante contra la vida diaria y fuente de visiones de una nueva forma de vida.

Los Stones tienen sus sucesores en The Who. Quien haya estado en Woodstock recordará la actuación del grupo inglés. Cantando «My generations», los Who gritan, giran, destrozan las guitarras, desprecian y llaman al público, siempre desgarrados, tensos en la polaridad frustración-belleza que tan bien han aprendido de los Stones. Las notas y los acordes salen de los tubos electrónicos como «disparos». El aparente caos del grupo está cuidadosamente ordenado y armonizado.

«Why don't you all fade away Don't try and dig what we say. See me! Feel me! Touch me!»

The Who
«My Generations»

«¿Por qué no desaparecéis? No tratéis de disfrutar con lo que decimos. ¡Mirame! ¡Sienteme! ¡Tócame!».

EL CAMINO LARGO Y TORTUOSO

Los Beatles han sido el fenómeno musical más influyente del siglo XX, aunque su genialidad no se ha limitado a crear música. En su comportamiento, en su estilo de vida, en su atuendo y sus opiniones, los Beatles han sido precursores de la cultura «hippy». Los Beatles catalizaron energías y dieron forma a los deseos de cambio de millares de jóvenes en las sociedades posindustriales. Los Beatles pasarán a la historia como gurus de la Edad de Acuario. Su influencia sobre el rumbo de la cultura occidental será, a largo plazo, más determinante que las decisiones de los políticos coetáneos suyos. Cuando John Lennon dijo que ellos eran más

populares que Jesucristo, quizá desvariaba, pero no exageraba; estaba dramatizando un hecho reconocido: tanto es así, que pocas semanas después, uno de esos cardenales de los que USA tiene el secreto recriminó a sus fieles por prestar más atención a los Beatles que a la religión. En San Francisco, una emisora de radio pasó el mes de mayo entero, día y noche, emitiendo sólo música de los Beatles.

¿Por qué se separan ahora, en el cenit de su fama y produciendo aún música que les mantiene en el primer lugar indiscutible de todos los grupos? No es sólo cansancio de conciertos y saciedad del éxito repetido; es, fundamentalmente, que cada uno de ellos ha cristalizado su personalidad. Cada uno de los Beatles ha decidido «to do his thing» («dedicarse a lo suyo»), como reza el «slogan» «hippy». Y los «trips» de cada uno son muy diferentes.

John está en el «trip» del intelectual «hip», chocando con sus «boutades» y exhibiciones. Fotos de Yoko y él desnudos, litografías pornográficas y películas a la Warhol. John es, quizá, el beatle más «engagé» en la nueva cultura, por la radicalidad de su estilo de vida. En unas declaraciones recientes al «Rolling Stone», John dice que los Beatles «estaban hartos de ser comparsas de Paul».

Paul ha caído en un «trip» familiar cercano al aburguesamiento. Su LP individual es un «tour de force», pero no consigue hacer olvidar la ausencia de sus tres amigos. Sus fotos con Linda y los niños, la casa y el coche nos le muestran en una satisfecha estabilidad hogareña. A Paul no le gustaba el nuevo «manager», Alan Klein, elegido por John.

Ringo se dedica al cine con bastante fortuna y a vivir su vida sin complicaciones, como siempre. Cuando los cuatro se fueron a la India en pos del Maharishi para alcanzar la iluminación, Ringo volvió a Londres al cabo de una semana diciendo que su mujer y él no digerían bien la comida hindú.

George es el más enigmático y ensimismado de los cuatro, y quizá el más sensible, como puede intuirse por sus melodías («So-

mething», «Why my Guitart Gently Weeps»). George está en el «trip» del misticismo: fue él quien introdujo los instrumentos hindúes en «Revolver», quien convenció a los demás para ir a la India. George visita a nuestro compatriota Juan Mascaró, profesor del Trinity College de Cambridge y traductor de los Upanishads, para hablar con él de filosofía oriental. Recientemente ha comprado un inmenso convento gótico inglés para instalar su mansión. Quizá sea George el beatle que dará más destellos de genio personal innovador en el futuro.

En su último álbum, «Let it be», los Beatles cantan repetidamente «Nada va a cambiar mi mundo». Y con razón: protegidos por su inmensa fortuna, viviendo cada uno en el mundo ideal que les permite su fama y su dinero, los Beatles se sienten estancados y separados. Es evidente que ha llegado para ellos el momento de separarse.

«It's been a long and winding [road That's leading up to your heart».

John Lennon
«Let It Be»

«Ha sido un camino largo y tortuoso, que conduce a tu corazón».

Es el fin de una era. En 1966, los Beatles —cuatro «drop-outs» con pelo largo— tocaban para jovencitas histéricas y niños de pelo corto. En un concierto «rock» de 1970, la mitad del auditorio tiene una pinta tan exhaustivamente rara como John Lennon. El mundo del «rock», llevado de su mano, ha llegado a convertirse en una comunidad sofisticada que se considera el centro social y estético de su tiempo. Música provinciana cuando Elvis empezó a «yeyear» en Memphis, se hizo cosmopolita con los Beatles y, más tarde, en San Francisco fue el foco de energía para la nueva cultura.

Ahora, los Beatles abandonan el escenario y los «hippies» dejan las flores. El foco ilumina a los Stones y The Who, y en las calles suenan detonaciones y estallidos: el «underground» se inclina hacia la violencia cuando aún sueñan los últimos acordes.

«Ha sido un largo y tortuoso camino...»

Los Beatles se van: han sido cinco años formidables. ¿Verdad que sí?

«And in the end the love you take is equal to the love you make».

John Lennon
«Abbey Road»

«Y al final, el amor que te llevas es igual al amor que haces».